

EL NERUDA DE HOY

La obra de Neruda ha recibido y seguirá recibiendo un reconocimiento por la vastedad de su contenido y por la atracción y variedad de su alcance.

Este autor seguirá siendo motivo de estudios —lo que aplaudimos—, tanto respecto de su obra como de su vida, para dilucidar su aporte, sus fuentes y su influencia, especialmente en nuestra lengua. Resultará siempre interesante conocer la vida del inquieto trotamundos que fue Neruda y sus múltiples peripecias. Igualmente será de interés dentro de su prolífica obra ver qué quedará como un legado a nuestra cultura y qué perecerá —como sucede inevitablemente con todo artista—, víctima de los gustos y tendencias que adoptó con tanta facilidad a lo largo de su vida. Por eso nos preocupa la emergente beatería con que diversos críticos y hasta cierta prensa presentan a Pablo Neruda, queriendo hacer de su vida una leyenda dorada que no contribuye a esclarecer la verdad sobre el poeta, su época y las circunstancias de su vida y muerte.

El sutil velo que para ello se emplea no es capaz de ocultar del todo la clara connotación política de esos panegiristas.

Desde la póstuma aparición de sus memorias (las cuales en muchos aspectos parecen abiertamente retocadas con una clara intención de desdibujar la verdad de los acontecimientos) progresivamente se va situando a Neruda en un pedestal desde donde el poeta aparece como el árbitro de toda una época, en que los demás mortales reciben su aprobación o desdeño acompañado siempre por una generosa y burlona sonrisa.

Así, por ejemplo, hemos leído palabras para Gabriela Mistral y Vicente Huidobro, figuras mayores de nuestra literatura, que no concuerdan ni con la verdad de los hechos ni con los sentimientos y desafectos que ambos poetas tuvieron hasta el fin de sus días por Neruda.

Quien conozca las cartas de Gabriela y los artículos de Huidobro reconocerán la falta de fidelidad de los hechos consignados tanto en las memorias del propio poeta, como en las oblicuas intenciones de los articulistas.

En efecto, Gabriela recordó siempre durante su vida, con singular tristeza, la intervención de Neruda en los hechos que culminaron con su partida de España; aun cuando lo protegió más tarde, no dejó de recordar que Pablo Neruda, al no ver en ella una adepta a sus tendencias políticas, "no me quiso más".

Huidobro, por su parte, resulta hoy achatado por quienes tildándolo de "afrancesado", tratan infantilmente de menoscabar la trascendencia de su obra y su innegable influencia en las vanguardias de este siglo que, sin duda, tuvieron su centro en París.

El afán de colocar a Neruda en la cima, sacándolo del contexto de la época en que vivió y desarrolló su inmensa aventura literaria, destruyen su verdadero perfil humano que, como todo hombre, tuvo altos y bajos, exaltados por su extremada vitalidad.

Otro tanto sucede con las circunstancias de la muerte de Neruda. A falta de un final heroico como hubieran deseado estos amantes de la leyenda nerudiana, han rodeado su muerte de falsos y oscuros acontecimientos que sólo insinúan, procurando sugerir un cuadro semejante al que acompañó la muerte de García Lorca. Nada de eso. Neruda murió de un largo y penoso

mal que supo llevar con levantada virilidad y no fue víctima de persecución alguna por parte del Gobierno actual, el cual evidentemente no hubiera contado con su apoyo.

Sin embargo, fue este Gobierno quien dio la autorización necesaria para su entierro en Isla Negra, hecho que no se consumó por el obstinado partidismo de su viuda, quien prefirió la adhesión de las directivas de su colectividad política en lugar de cumplir el personal deseo de su ser amado.

Todo resulta más irónico si nos atenemos a sus declaraciones formuladas a la revista "Hoy", que muestran que el lugar de reposo que le negara al poeta es ahora usado por ella en carácter de usufructo gracias a la autorización de..., ese mismo Gobierno. Así por un desdoblamiento que comprendemos, pero que no excusamos, ella disfruta personalmente del lugar que Neruda había destinado para su eterno reposo.

La "beatería" nerudiana, igualmente incoherente, avanza usando la obra y los restos del poeta y desfigurando su vida, sin desperdiciar las ventajas que su talento dio a la causa comunista y, por extensión, a algunos que militan hoy en la oposición. Avanza, eso sí, con la mezquindad de quien quiere aprovechar ideológicamente el legado de su poesía para fines políticos muy distintos del estudio de ese Arte que el poeta reiteradamente trató de incentivar a las generaciones más jóvenes.

R